Bercianismo del “Cancionero de Sagres”

Esteban Carro Celada

Doy fe del tercer libro de Antonio Pereira. Un libro de poemas que desde el principio declara no ser un documento, sino una música. Y por la música del verso, por el olor de las cosas, de los paisajes, de las mujeres se percibe Portugal. Un libro de poemas sobre Portugal, escrito desde la perspectiva de poeta villafranquino.

El libro, contra lo que pudiera parecer en vista del título no es una geografía de la poesía ni una astronomía de la historia. En cualquier momento, al poeta se le escapan sus más queridas relaciones leonesas, su raíz. Es poeta bien arraigado este Antonio Pereira de los tres libros de verso.

A propósito de Braga recuerda que San Fructuoso era berciano. Podrá comunicárselo al canónigo que acaba de aparecer, ya que no le hubieran entendido ni el guarda de la esquina ni «el cajero del Banco Universal Ultramarino» ni «el dueño de la ourivesaria» ni el «mendigo que en los peldaños tiene un puesto en propiedad». No se lo dijo porque Úrsula, su mujer le disuadió. Pero al poeta le queda el rezago de que

> …nadie advirtió que aquel su obispo,
>
> Fructuoso llamado,
>
> era paisan omío, quizás algo pariente
>
> -«Tú crees?», mi mujer, ya saben, se sonríe-,
>
> y hace cientos de años andaba Bierzo arriba
>
> predicando justicias que poco se cumplieron,
>
> abriendo los caminos que aún están por hacer.

Otra evocación de Portugal, desde el Bierzo, es la que se plantea en el poema: «Lunes, geografía». Es protagonista Don Manolo, el cura de la Academia, el que escribía novelas que mandaba al «Nadal». Pereira rememora en un poema al viejo profesor de geografía en Villafranca, y hasta la visión infantil que, sobre el mapa, le producía buscar Lisboa:

> En el tiempo perdido, Don Manolo

y noviembre llovían a menudo.

Don Manolo, los pies en el brasero.

Su vara verde a vueltas por el mundo

Lisboa era un espejo entre dos luces:

¡Quién me podrá decir si estos colores

de la ciudad que hoy tengo son más ciertos

que la ciudad soñada por su nombre!

Antonio en un poema sin nombre se enfrenta con su propia muerte. Y yo adivino a entrever los cipreses del cementerio de Villafranca, precisamente:

De pie la tarde rezada

a la orilla del ciprés,

me canso por los amigos,

por mi no me cansaré.

Si yo no sabré mi muerte,

digo que no moriré.

Creo que también es villafranquino ese Juan, que no iba camino de héroe, que estorbaba en todas partes y se le buscaba como comodín que servía para arreglar algún delicioso desaire:

A ti te dicen, Juan

¡Colócate en tu sitio!

Ya sabes, como entonces,

cuando en el Castañón

corría la pelota

y Juan a las que pasen.

"Llamad a Juan si estamos

impares».

En el libro de poemas existen alusiones a «Ordoño II y sus ensanches» así como un poema a don Antonio de Lama: «Ya le hacen - su sitio entre la gente y los relojes». Pero se introduce un poema, que da la clave bercianista. Es el dedicado a Ramón González Alegre, tan propicio también éste a la galopada lusitana, desde Vigo,

Amabas en su origen el milagro

que aún no es Burbia ni Sil, sólo vagido

abierto a la mañana. Y lo seguías

hasta verlo crecido

Por ti se retrasaron los almendros

y fue más agrio el vino.

Creo que estos motivos son más que incitaciones a la lectura del libro «Cancionero de Sagres».